

LA REALIDAD DE LA FE (John Main)

La meditación nos lleva a la experiencia de la fe. La fe es sencillamente apertura a, y compromiso con, la realidad espiritual, que está más allá de nosotros mismos y en donde sin embargo tenemos nuestro ser.

San Pedro, al escribirle a los primeros cristianos, les aconsejaba: «Conserven a Cristo nuestro Señor, reverenciado en sus corazones», y los autores paulinos de la carta a los Hebreos, nos dicen que, a través de la fe, vamos más allá de lo visible a lo invisible, a la realidad espiritual. Estas dos intuiciones, están arraigadas en la experiencia de la oración.

Corramos, pues, con constancia, la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe¹. La fe es, podríamos decir, abrir nuestros ojos a la realidad mayor que se revela en Jesús, que es quien nos revela al Padre. Entonces nuestros ojos se desprenden de nosotros mismos. Cuando meditamos, no estamos ocupándonos de nosotros mismos, de nuestra perfección o de nuestra sabiduría. Ni siquiera de nuestra felicidad. Nuestros ojos están puestos en Jesús y recibimos de él todo, literalmente, todo lo que necesitamos para emprender esa carrera. Todo lo necesario para aligerar nuestras dificultades, no importa cuáles sean.

La meditación nos hace efectivamente «ligeros de corazón», pues nos hace saber que hay solamente una cosa esencial a la vida. Nuestra fe es una fe en lo que los evangelios sinópticos llaman «el Reino de Dios», y el Reino de Dios, es simplemente el poder de Dios, entronizado en nuestros corazones. Esto es lo que nos hace ligeros de corazón y en eso consiste la dicha cristiana.

El poder de Dios está inconmoviblemente arraigado en nuestros corazones. Nada, ningún poder, ninguna dominación, ninguna desdicha, puede deshacer ese arraigamiento de la fe. Meditar es aprender a estar profundamente quietos y profundamente atentos a la realidad espiritual. Meditando aprendemos a distinguir entre lo que es pasajero y lo perdurable. Aprendemos a distinguir entre el tiempo y la eternidad; y la experiencia maravillosamente liberadora de la oración es la de ser liberados del tiempo, estar tan profundamente insertos en el momento presente del Reino, que contemplamos el eterno *ahora* de Dios.

El autor de *La nube del desconocimiento* [*The Cloud of Unknowing*], habla de la meditación como de un ejercicio que afloja la raíz del pecado en nosotros. Decir su palabra, meditar cada mañana y cada noche, afloja la raíz del ego en nosotros, y todos necesitamos que esa raíz se afloje, para que así podamos estar arraigados y sustentados en Cristo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

- La meditación como reverencia o adoración a Cristo. ¿Qué piensas de esto?
- ¿Crees que realmente estás recibiendo todo lo que necesitas para vivir?
- ¿Vives "ligero de corazón"? ¿Sientes que Dios está entronizado en tu corazón?
- ¿Te has sentido en la meditación alguna vez como fuera del tiempo?

¹ Heb. 12,1-2.